

reconocimiento, señalad vos mismo vuestro puesto, fijad la suerte de vuestros amigos. En cuanto á mis principios, bastará deciros que soy francés; clemente por carácter, seré también por convicción. No; el vencedor de Lodi, de Castiglione y Arcola, el conquistador de Italia y Egipto, no puede preferir una vana celebridad á la verdadera gloria. No perdais un tiempo precioso; podemos asegurar la gloria de la Francia; digo *podemos*, porque para ello yo necesito á Bonaparte, y á él le sería imposible sin mi cooperacion. General, la Europa os observa, la gloria os aguarda, y yo tengo impaciencia por dar gloria á mi pueblo.

« LUIS. »

Volvióse Bonaparte al jóven que aguardaba, en pié, inmóvil y mudo, como una estatua.

—Estais enterado del contenido de esta carta? le preguntó.

El jóven se inclinó.

—Sí, ciudadano primer cónsul.—Sin embargo, estaba cerrada.—Fué remitida abierta á la persona que me la ha enviado, la cual me encargó que la leyese antes de entregárosela, á fin de que conociese toda su importancia.—Puede saberse el nombre de la persona que os la ha enviado?—Jorge Cadoudal.

Bonaparte sintió un ligero estremecimiento.

—Conoceis á Jorge Cadoudal? le dijo.—Es amigo mio.

—Y por qué os ha elegido para entregármela?—Porque sabe que bastaba decirme debia ser puesta en vuestras propias manos, para que lo fuese.—En efecto, caballero, habeis desempeñado perfectamente vuestro encargo.—Todavía no, ciudadano primer cónsul.—Cómo! no me la habeis entregado?—Sí! pero he prometido llevar una contestacion.—Y si yo os dijese que no quiero darla?—Habriais contestado, no como yo desearia que lo hicieseis, pero al fin seria una contestacion.

Permaneció Bonaparte algunos instantes pensativo. Encogiéndose despues de hombros:

—Son locos, dijo.—Quién, ciudadano? preguntó Morgan.

—Los que me envian tales cartas; locos de atar. Creerán, por lo visto, que soy de los que buscan ejemplos en lo pasado, modelándose sobre otros hombres? Imitar á Monck? para qué? para hacer un Carlos II? No, á fe mia. Cuando uno cuenta con Tolon, el 13 de *vendimiaro*, Lodi, Castiglione, Arcola, Rívoli y las Pirámides, bien puede creerse otro hombre que Monck, y aspirar á otra cosa que al ducado de Albemarle y al mando de los ejércitos de mar y tierra de Su Majestad Luis XVIII.

—Recordad que vos mismo podeis fijar las condiciones, ciudadano primer cónsul.

Al sonido de esta voz, estremeciósse Bonaparte, como si hubiese olvidado que le estaban oyendo.

—Sin contar, prosiguió Bonaparte, con que es una fa-

milia perdida, una rama muerta de un tronco podrido: los Borbones se han enlazado de tal manera entre sí, que son en el dia una raza bastarda, que ha agotado toda su sávia y su vigor en Luis XIV. Conoceis la historia, caballero? dijo Bonaparte, mirando fijamente al jóven.—Sí, general, contestó este; todo lo que puede conocerla un retrógado.—Pues bien, habreis observado en la historia, especialmente en la de Francia, que cada raza tiene su época de nacimiento, de apogeo y de decadencia. Ahí teneis los Capetos; sale de los Hugos, llegan á su mayor esplendor con Felipe Augusto y Luis IX, y desaparecen con Felipe V y Carlos IV. Ved los Valois: salidos de Felipe VI, llegan á su apogeo con Francisco I, para desaparecer con Carlos IX y Enrique III. Ved finalmente á los Borbones: empiezan con Enrique IV, llegan á su apogeo con Luis XIV, y caen con Luis XV y Luis XVI; con la sola diferencia, de que caen á mayor profundidad que sus antecesores, gracias al desarreglo de Luis XV y á la desgracia de Luis XVI. Se habla de los Estuardos, recordando el ejemplo de Monck. Quién sucede empero á Carlos II? Jaime II, y á Jaime II, Guillermo de Orange, un usurpador; no habria sido mejor, decidme, que Monck se ciñese desde luego la corona? Pues bien, si yo fuese bastante imbécil para devolver el trono á Luis XVIII, como Carlos II, no tendria hijos; como Jaime II, le sucederia su hermano Carlos X, y como Jaime II, se haria derribar por algun Guillermo de Orange. Oh! no, Dios no ha puesto en mis manos los destinos de este hermoso y gran-

de país, que se llama la Francia, para que los confie á los mismos que, teniéndolos á su disposicion, los han perdido.—Observad, general, que nada de esto os preguntaba.—Sin embargo, quiero.....—Se me figura que me haceis el honor de tomarme por la posteridad.

Volvióse vivamente Bonaparte, fijando su mirada en el que así acababa de interrumpirle.

—Yo no necesito mas, prosiguió Morgan con una dignidad que no dejó de sorprender á Bonaparte, que un sí ó un no.—Y para que lo necesitais?—Para saber si hemos de seguir haciéndoos la guerra, como á un enemigo; ó caer de rodillas como delante de un salvador.—La guerra! exclamó Bonaparte. La guerra! insensatos los que me la hagan; no comprenden que soy el elegido de Dios?—Átila decia lo mismo.—Sí, pero Átila era el elegido de la destruccion, y yo soy el de la nueva era; hasta la yerba se secaba por doquier logró él sentar su planta; las mieses madurarán por donde he paseado yo mi carroza. La guerra! decidme, qué ha sido de los que me la han hecho? vedles tendidos en las llanuras del Piamonte, de la Lombardía ó del Cairo!—Olvidais la Vendee! la Vendee está aun levantada.—Bueno; pero sus jefes, Cathelineau, Lescure, Elvee, Bonchamp, Stofflet, Charrette, dónde están?—Vos hablais de los hombres; los hombres podrán haber cambiado, pero el principio es el mismo, y por él combaten hoy Autichamp, Suzannet, Grignon, Frotte, Chatillon, Cadoudal; los actuales valen quizás menos que

sus antecesores, pero todo lo que de ellos puede exigirse es una fidelidad á toda prueba.—Que se vayan con tiento! si decido emprender una campaña en la Vendee, no mandaré á ella Santerres, ni Rosignoles!—La Convencion mandó á Klever, y el Directorio á Hoche.—Es que yo no mandaré á nadie, iré yo mismo.—Lo peor que podrá suceder es ser asesinado como Lescure, ó fusilado como Charrete.—Podrá suceder tambien que yo les perdone.—Caton nos ha enseñado cómo puede evitarse el perdon de César.—Ah! cuidado! citeis un republicano.—Caton es de aquellos hombres cuyo ejemplo puede seguirse, prescindiendo del partido á que pertenecen.—Y si os dijese que tengo en mi mano la suerte de la Vendee?—Vos?—Y que si me conviene, estará dentro de tres meses completamente pacificada?

Meneó el jóven la cabeza.

—No lo creéis?—No puedo decidirme á creerlo.—Si os afirmo que lo que acabo de deciros es la verdad; si os lo pruebo manifestándoos por cuáles medios, ó mejor, por cuáles hombres lo conseguiré?—Si una persona como el general Bonaparte, me afirma una cosa, la creeré; y si lo que me afirma es la pacificacion de la Vendee, le diré: andaos con tiento; menos peligro ofrece para vos la Vendee combatiendo, que conspirando: la Vendee combatiendo es la espada; la Vendee conspirando es el puñal.—Oh! no es para mí cosa nueva vuestro puñal, dijo Bonaparte; vedlo.

Y fué á sacar de un cajon el puñal que habia tomado de

Roland, dejándolo sobre la mesa al alcance de la mano de Morgan.

—Pero, prosiguió, hay una gran distancia desde el pecho de Bonaparte al puñal de un asesino; probadlo si que-  
reis.

Y adelantó hácia el jóven, fijando en él su centelleante mirada.

—No he venido para asesinaros, contestó friamente el jóven; si mas adelante considerase vuestra muerte indispensable, para el triunfo de nuestra causa, lo haria sin el menor escrúpulo; y si no podia conseguirlo, no seria á la verdad porque fueseis vos Mario y yo el Cimbrio. Teneis algo mas que decirme, ciudadano primer cónsul? preguntó el jóven inclinándose.—Sí; decid á Cadoudal que, cuando quiera batirse contra los enemigos de la Francia, en lugar de hacerlo contra los franceses, encontrará firmado su despacho de coronel.—Cadoudal manda, no un regimiento, sino un ejército; vos no habeis querido descender, pasando de Bonaparte á Monck; cómo quereis que él lo haga, pasando de general á coronel? se os ofrece algo mas, ciudadano primer cónsul?—Sí; tendríais medio de hacer llegar mi contestacion al conde de Provenza?—Al rey Luis XVIII, querreis decir?—No discutamos sobre palabras; al que me ha escrito esta carta.—Me es muy fácil.—Pues bien; he cambiado de parecer, quiero contestarle; estos Borbones son tan ciegos, que de seguro interpretaria mal mi silencio.

Y sentándose Bonaparte en su despacho, escribió la siguiente carta, con un cuidado que probaba bien el deseo de que fuese la letra inteligible:

«Caballero, he recibido vuestra carta, y os doy las gracias por la buena opinion que en ella manifestais tener de mí. De ningún modo podeis pensar en vuestro regreso á Francia, pues seria preciso pasar por encima de cien mil cadáveres; sacrificad vuestro interés al reposo y felicidad de la Francia, y la historia os hará justicia. No soy insensible á las desgracias de vuestra familia, y sabré siempre con el mayor placer que estais rodeado de todo cuanto pueda contribuir á la tranquilidad de vuestro reliro.

«BONAPARTE.»

Doblando y cerrando luego la carta, puso el sobre: *Al señor conde de Provenza*. Entrególa á Morgan, y llamando á Roland, que se presentó con una prontitud que demostraba su presencia casi inmediata:

—Coronel, le dijo, acompañad al señor hasta la calle; hasta allí sois responsable de su persona.

Inclinóse Roland en señal de obediencia, dejó pasar al jóven, que se retiró sin pronunciar una palabra, y salió detrás de él. Pero antes de salir, dirigió una última mirada á Bonaparte. Estaba este en pié, inmóvil y mudo con los ojos fijos en aquel puñal, que preocupaba su pensamiento, mas de lo que á sí mismo le parecia. Volviendo al cuarto de Roland,

tomó el jefe de los compañeros de Jehú la capa y las pistolas, y mientras las colocaba en el cinto:

—Parece, le dijo Roland, que el ciudadano primer cónsul os ha enseñado el puñal que yo le entregué.—Sí, caballero, contestó Morgan.—Y lo habeis conocido?—Este, particularmente, no; todos nuestros puñales se parecen unos á otros.—Pues bien, repuso Roland, yo os diré de donde ha salido; del pecho de uno de mis amigos, en el cual vuestros compañeros, y quizás vos entre ellos, lo habian clavado.—Pero vuestro amigo, contestó con indiferencia el jóven, se habria hecho acreedor á esta pena.—Mi amigo quiso únicamente ver lo que pasaba durante la noche en la Cartuja de Seillon.—Hizo mal.—Pues yo habia hecho otro tanto la noche anterior, y sin embargo nada me sucedió.—Sin duda os protegeria algun talisman.—Lo que sé deciros es que soy hombre que gusta de cuentas claras, y tiene horror á lo misterioso.—Dichosos los que pueden obrar siempre á la luz del dia, M. de Montrevel!—Y por esto voy á deciros el juramento que hice, M. Morgan, al arrancar el puñal que habeis visto del pecho de mi amigo, lo mas suavemente que pude, á fin de no arrancarle al mismo tiempo la vida; juré que, desde aquel instante, entre sus asesinos y yo habria guerra á muerte, y para tener ocasion de comunicároslo, he empeñado principalmente la palabra de honor que os protege dentro de este edificio.—Es un juramento que desearia veros olvidar, M. de Montrevel.—Es un juramento que procuraré

cumplir en cuantas ocasiones se presenten, M. Morgan; y seriais á la verdad muy amable si os dignaseis proporcionarme una lo mas pronto posible.—De qué manera, caballero?—Aceptando, por ejemplo, una cita que podria yo daros en el bosque de Bolonia, ó en el de Vincennes; por supuesto, que no hay necesidad de decir que nos batimos porque vos, ó vuestros amigos, habeis dado una puñalada á lord Tanlay. No, en cuanto á esto, diremos lo que mejor os parezca: por ejemplo..... que es sobre el eclipse de luna que ha de tener lugar el 12 del mes próximo. Os gusta el pretexto?—El pretexto me gustaria, caballero, contestó Morgan con un acento de melancolía de que parecia incapaz, si pudiese gustarme el duelo. Decís que habeis hecho un juramento, y procurareis cumplirlo. Pues bien, cada iniciado hace tambien el suyo al entrar en la compañía de Jehú, y por él se compromete á no exponer en ningun lance particular su vida, que no le pertenece desde el instante que la ha consagrado á la defensa de la causa.—De manera que, á pesar del juramento, podeis asesinar, pero nunca batiros?—Os engañais, tambien nos batimos alguna vez.—Oh! tened la bondad de manifestarme la ocasion en que pueda estudiar semejante fenómeno.—Es muy sencillo; tratad, M. de Montrevel, de encontraros con cinco ó seis hombres resueltos como vos, en alguna diligencia que conduzca caudales públicos; defended lo que nosotros atacaremos, y ahí teneis la ocasion que buskais; pero creedme, no lo intenteis: procurad no hallaros en nuestro

camino.—Es una amenaza, caballero? dijo el jóven levantando la cabeza.—No, contestó Morgan con suavidad; es tan solo una súplica.—Pero va á mí particularmente dirigida, ó la hariais á otro cualquiera?—A vos va *particularmente* dirigida.

Y el jefe de los *compañeros de Jehú* recalcó el adverbio que acababa de pronunciar.

—Ah! ah! repuso el jóven, he tenido pues la dicha de inspiraros algun interés?—Lo mismo que un hermano, contestó Morgan, sin cambiar el suave y casi suplicante tono de su voz.—Vamos, repuso Roland, está visto, será alguna apuesta.

En aquel momento entró Bourrienne.

—Roland, dijo, el primer cónsul os aguarda.—Voy á acompañar al señor hasta la puerta de la calle, y estoy al momento.—Daos prisa, pues ya sabeis que no le gusta aguardar.—Quereis seguirme, caballero? dijo Roland á su misterioso compañero.—Tiempo hace que estoy á vuestras órdenes.—Vamos pues.

Y siguiendo Roland el mismo camino por el que habia conducido á Morgan, volvió á acompañarle, no á la puerta del jardin, que estaba ya cerrada, sino á la de la calle. Llegado allí:

—Caballero, dijo á Morgan, os he dado mi palabra y la he cumplido fielmente; pero á fin de que no pueda haber jamás una mala inteligencia entre nosotros, es preciso recordaros

que la habia empeñado por una sola vez, y únicamente para hoy.—Así es como lo he comprendido, caballero.—Entonces, no tendreis inconveniente en devolverme mi palabra?—Bien quisiera conservarla, no obstante reconozco vuestro derecho á retirarla.—Nada mas deseaba saber. Hasta la vista, M. Morgan.—Permitidme no os conteste en iguales términos, M. de Montrevel.

Saludáronse los dos jóvenes con perfecta cortesanía, volviendo á entrar Roland en el Luxemburgo, y tomando Morgan, oculto en la sombra proyectada por la pared, uno de los callejones que desembocan en la plaza de San Sulpicio. Aquí es donde vamos á seguirle.

## II.

### El baile de las víctimas.

Andados apenas unos cien pasos, descubrióse Morgan el rostro, persuadido sin duda de que mas fácil era por las calles de París, ser reconocido con máscara que sin ella. Al llegar á la calle Taranne, llamó á la puerta de una posada situada al extremo de dicha calle, esquina á la del Dragon, y entrando en ella tomó una luz de encima el mostrador y la llave del núm. 12, subiendo la escalera con el desembarazo de un huésped bien conocido que vuelve despues de haber salido á sus diligencias.

Daban las diez en el acto mismo de cerrar la puerta de su cuarto. Contó atentamente las horas, y al oír las diez:

—Bravo! dijo, llegaré á tiempo.

Esto no obstante, parecia decidido Morgan á no perder un momento, y encendiendo la chimenea que se hallaba preparada, hizo otro tanto con las cuatro bujías que habia en el cuarto, dejando dos sobre la chimenea y otras dos encima de la cómoda, cuyos cajones fué abriendo uno tras otro, y colocando sobre la cama un traje completo á la última moda.

Componíase este traje de un frac de larga falda, de color delicado, entre verde mar y gris perlado, un chaleco de terciopelo carmesí con diez y ocho botones de nácar, una ancha corbata blanca de finísima batista, pantalon corto de casimir blanco con una presilla de rubíes en el sitio donde se ajustaba, sobre la rodilla, y finalmente medias de seda gris perlado, con listas trasversales del mismo color que el frac, y unos finos escarpines con hebillas de diamantes.

No habia olvidado tampoco el lente, que era en aquella época de rigurosa etiqueta. En cuanto al sombrero, era igual al que Carlos Vernet ha puesto sobre la cabeza de su elegante del Directorio. Preparadas todas estas prendas, parecia Morgan aguardar con impaciencia. Al cabo de cinco minutos, tocó la campanilla, presentándose inmediatamente un criado.

—Ha venido el peluquero? preguntó.—Sí, ciudadano, contestó el criado, ha venido, y como no os ha encontrado, ha